

Pero no por se ver así corridos
Su furia se mitiga ni esfria,
Por ser feroces, bravos y atrevidos
Los bárbaros de aquella compañía;
Y así los nuestros son acometidos
Otras dos veces en el mismo día,
Con tal furor y tan impetuoso
Que no les daban punto de reposo.

Y en el mayor rigor del marció fuego,
Cuando hicieron su postrer venida,
La mano traspasaron a don Diego,
Donde quedó la flecha detenida,
Estorbando la lanza de su juego
A causa de ser mala la herida;
Pero con todo esto los rebate,
Y así cesaron del postrer combate.

Viendo pues enemigo tan molesto
Y que su gente toda lo recela,
Determinó salirse con el resto
Sin querer más allí hacer candela:
E yo también me salgo con aquesto
De la costa del Cabo de la Vela,
Por no saber agora desta playa
Otros negocios más que nuevos haya.

HISTORIA Y RELACION

de las cosas acontecidas en Santa Marta desde su primera población. Y esta primera elegía es á la muerte de su primer gobernador que fué don Rodrigo de Bastidas.

CANTO PRIMERO.

A Santa Marta llega ya mi pluma,
Do tractaremos cosas principales,
Mas no de tal manera que presuma
Podellas explicar por sus cabales;
Pero haremos una breve suma
Tocando las que fueron sustanciales,
Porque ningún historiador pudo
Contar todas las cosas por menudo.

Mas en prosecucion de mis intentos
Haremos relacion con verdad pura
De casos varios y acontecimientos,
Ya de ventura, ya de desventura,
Los cuales me parece que son cuentos
Bignos de se poner en escritura,
E ya muy olvidados de la mano
De todo coronista castellano.

Provea de favor en la carrera
Y aparte las obscuras pesadumbres
Aquella luz y lumbré verdadera
Que procede del Padre de las lumbrés,
Siendo la Virgen pura medianera,
A quien para subir tan altas cumbres
He suplicado que me dé la mano
Porque no sea mi trabajo vano.

En aqueste favor pues confiados
Diremos algo destas poblaciones,
Las cuales estarán en once grados
O poco más, según hay opiniones:
A Gaira y Coneha tienen á los lados,
Con otros que llamamos los ancones,
Y el puerto principal es de manera
Que por bueno le llaman la Caldera:

Que de todas tormentas está horro
Por amparallo dos puntas ó rocas,
En medio de las cuales hay un morro
Que forma dos entradas ó dos bocas;
Y así de navegantes es socorro,
Seguros bien de las borrascas locas:
Es puerto limpio, de cabal fondura,
Y contiene de dentro gran anchura.

Es aquesta marítima ribera
Montaña de grandísima frescura,
Y la continuada cordillera
Allí levanta su mayor altura:
La gente natural desta frontera
Ninguna para guerra fué mas dura,
Tanto, que pongo duda que el de Chile
Las grandes fuerzas destos anihile.

Tienen flechas y arcos no pequeños,
Gruesos, y mal labrada la madera,
Mas por fuerza los hacen ser cimbreños
Hasta hacer juntar el empulgüera:
Tanto mal hacen como duros leños
Si á manteniendo dan en la mollera,
Pues su golpe la hace dos pedazos
Al tiempo que ya vienen á los brazos.

Tan terrible vigor su tiro lleva,
Que fuera de guerreras confusiones
A uno le hicieron hacer prueba
Sobre corazas armadas de algodones,
Y traspasólo todo como breva,
Siendo de palo puro los arpones:
Ponen arnes, por ver si lo pasaba,
Mas en aquel la flecha deslizaba.

El tiro del carcaj va siempre lleno,
Cuando se ven en bélica porfia,
De pestilencialísimo veneno
Que mata dentro de natural día,
Algunos al tercero y al septeno,
Con rabia que de seso los desvia,
Y aun ellos se darian mala muerte
Si los dejasen solos desta suerte.

Gente de gran vigor de su cosecha
Es toda enanta por allí confinada,
Y de mayor valor y mas bien hecha
Cuanto se acerca mas á la marina:
Arma comun de todos es la flecha,
Que pocas veces halla medicina;
Tiran perdidas ciertas silbaderas
Por emplear las otras mas de veras.

Vistense de algodón de tela fina,
Y muchos dellos tienen solamente
A las espaldas una mantellina,
Y todo lo demás anda patente:
A mas honestidad mujer inclina
La parte que llamamos impudente,
Con manta de algodón por la chitura,
Y otra de lo demás es cobertura.

Tienen las hembras buenos pareceres,
Y por la mayor parte los varones
Celan en gran manera las mujeres,
Demás de ser malditos bujarones:
Entrellos hay algunos mercaderes
Y sus maneras de contractaciones
Con los que están muy dentro de la sierra,
Que no pequeños términos encierra.

Usan en regocijos y en sus fiestas
De ricas y galanas vestiduras,
De plumas admirablemente puestas
Que forman varias flores y figuras:
Son gentes entre si tan deshonestas
Que las espaldas andan mal seguras,
Y en cualquiera lugar claro y oculto
Se hallan muchos Priapos de bulto.

Son cerimoniáticos algunos,
O todos en grandísima manera,
Y tienen prolijísimos ayunos
Por sus hijos ó por su sementera;
Y entonces solamente los ayunos
A cosas necesarias salen fuera:
Carné no comerán de ningún arte,
Sino pescado por la mayor parte.

Hay en sus muertes un prolijo lloro,
Do cuentan sus desastres ó venturas;
Entiérnanse con muchas joyas de oro,
Segun vimos en muchas sepulturas,
A las cuales le guardan su decoro
Segun sus ceremonias y locuras;
Pues muchas de personas señaladas
Entrellos suelen ser reverenciadas.

Adoran los planetas y los sinos
Regocijándose por los oteros;
Hay muchas adivinas y adivinos
Y grande cantidad de hechiceros,
Que dicen un millon de desatinos
Acerca de los tiempos venideros:
Dan al demonio lo que no merece
Pintándolo del arte que parece.

De yucas y maíz es su comida,
De lo cual ansimismo hacen vinos;
De fructos es la tierra bastecida
Silvestres, que no labran los vecinos:
Es larga serranía y estendida
Toda de fragosísimos caminos;
Hay parras por los árboles tendidas,
De racimos de uvas proveidas.

Aquestas son labruscas naturales,
Cuyos gustos allí no son inicos,
Racimillos pequeños, pero tales
Que hacen pegajosos los hocicos.
Los indios de la tierra principales
Y aun todos los demás eran muy ricos,
Pues solian hallar tiempo pasado
Entrellos cantidad de oro labrado.

Y así con este cebo los varones
Primeros en correr estas partidas,
Rescataban de paz por los ancones
Y volvían las bolsas proveidas:
Fué principal en estas ocasiones
El capitán Rodrigo de Bastidas,
Que en Haiti, do tenia su reposo,
Se hizo con los tractos caudaloso.

Sus principios no fueron tan profundos
Cuanto los pintan otros que escribieron,
Pues que nos consta ser de los segundos
Que con el inclito Colon vinieron,
Y no del número de vagabundos,
Mas uno de los que mejor sirvieron;
Y así con los navios y a su costa
Descubrió mucha parte de la costa.

Encumbrándolo mas en pensamiento
Riquezas, según tienen de cosecha,
Esto pidió por adelantamiento,
Y por el rey le fué la merced hecha,
Señalándole límite y asiento
La costa de la mar via derecha
Hasta llegar al Cabo de la Vela,
Y norte sur lo que la tierra cела.

Año de veinte y seis sobre quinientos
Llegó con buena copia de soldados,
Tan escogidos para sus intentos
Que fueron con razon solemizados,
Y en las entradas y descubrimientos
Ningunos en valor mas señalados:
Dia de Santa Marta tomó puerto,
Y este nombre le dió comun concierto.

Como quinientos hombres fué la gente
Que para la conquista con él vino:
Fué Juan de Villa-Fuerte su teniente,
Y capitán Rodrigo Palomino;
Fernán Bermejo, mozo muy valiente,
Ortuño, Ortiz, Bazantes y Cansino,
Un Montesinos y Cristóbal Sierra
Con otros valerosos para guerra.

Celebró paz con indios comarcanos,
Y para fundar pueblo, la montaña
Talaban españoles con sus manos,
De que no se causó pequeña saña:
Al fin en agrandar á sus cristianos
El Bastidas se daba mala maña,
Pues traían á cuestras la madera
De la montaña hasta la ribera.

Fué no querer mandar los naturales,
Y fatigar la gente de quilates,
Origen y principio de sus males
Y causa de grandísimos dislates;
Mas eran sus intentos principales
Valerse de la paz y de rescates,
Y así de ningún arte consentía
A los indios hacerse demasia.

Menos quiso prestar consentimiento,
Habiendo ya de hambre grande plaga,
Tomarse de los indios alimento
Sin que por ello diesen justa paga;
Mas él daba raciones al hambriento,
En descontento de la gente vaga,
Por ser cazabi solo con tasajos,
Que mal satisfacian sus trabajos.

Comian todos pues carne salada,
Y tal que por ventura ya hedia;
Encharcaban en agua delicada
Con los calores grandes que hacia:
Cayó luego la gente regalada
Y el que ningún regalo conocia;
Morían con grandísima miseria
Del mal de flujo dicho disenteria.

Pocos de los enfermos escapaban,
Antes fué tan cruel la desventura,
Que dos y tres y mas cuerpos echaban
Juntos en una misma sepultura:
A muchos cuasi no los enterraban,
A causa de hallar la tierra dura
Y tener debilísimas las manos
Los de mayor vigor y los mas sanos.

Viendo la perdicion de tantas vidas,
O con razones y con sinrazones
En comun se quejaban del Bastidas,
No sin gran multitud de maldiciones,
Como suelen personas afligidas,
Y mas en semejantes afficciones;
Fué Villa-Fuerte mas que duro guijo,
A quien Bastidas le llamaba hijo.

Pues en las ocasiones de que hablo,
Habiéndolo nombrado por teniente,
Y en su boca no ver menos vocablo
Que hijo muy amado comunmente,
De furor revestido del diablo,
Determinó matalo malamente;
Y no faltaron otros malos pechos
En las ejecuciones destos hechos.

Como Pedro de Porras y Bazantes
Con el dicho teniente conjurados,
Y estos llevaron otros ignorantes
Del yerro para que fueron llamados;
Mas conocieron bien de sus semblantes
Como debían ir apasionados,
Sin poder en aquella coyuntura
Imaginar tan perdidá locura.

A las ejecuciones del intento
Corren los tejedores de la trama:
Los dos entraron en el aposento,
Hallaron al Bastidas en la cama
Sin sospechar tan gran atrevimiento,
Aunque se rezumaba ya la fama,
Y con palabras muy desacetadas
Villa-Fuerte le dió tres puñaladas.

A las voces y gritos del mezuño,
Que llamaba criados y parientes,
Acude con presteza Palomino
Y los mas alentados destas gentes;
Luego por la montaña sin camino
Se metieron los dichos delincuentes,
Y por entonces no se fueron lejos,
Hasta ver bien de su maldad los dejos.

Estando pues aquestos alterados
Por arcabucos y cañaverales,
Parece ser que fueron avisados
No mostrar las heridas ser mortales,
Y así volvieron mas determinados
De cortar los espíritus vitales:
Sabido su furor luciferino,
Tomó luego la puerta Palomino.

Por estar el mas número doliente
Acudir no pudieron al instante,
Mas él no sin extremo de valiente,
Tan fuerte se mostró con un montante,
Que de la compañía delincuente
Nadie pudo pasar mas adelante,
Antes confusa y en temor resuelta
Para los arcabucos dió la vuelta.

Metieronse muy dentro de la sierra
Viendo tan mal parada ya la cosa,
Con ser populosisima la tierra
De gente por extremo belicosa,
Y ninguna de paz, sino de guerra,
Y de cristiana sangre cudiciosa:
Serian estos doce compañeros
Valientes, esforzados y lijeros.

Nunca pasaban, sino de corrida,
Por selvas y montañas sin camino;
De noche recogian la comida
De rocas ó labranzas del vecino,
No con pequeños riesgos de la vida,
Anejos á su grande desatino:
Otras algunas veces dan de día,
Pero no siempre bien les sucedia.

El mas que miserable Villa-Fuerte
Reconocia ya sus desconciertos,
Por que peregrinando desta suerte
Por los indios habian de ser muertos;
Promételes también infame muerte
Volver á Santa Marta y á sus puertos,
Y habian ya de los soldados buenos
Los indios hecho tres ó cuatro menos.

En algunas refriegas bien reñidas;
Pero dejellos hemos por agora,
A causa de volvernos al Bastidas,
Que por la mala cura no mejora;
Antes le dicen que con mas heridas
Ha de dar cabo del gente traidora,
Los cuales esperaban coyuntura
Metidos en el monte y espesura.

Y que no sanará como no haya
Cirujano que sea suficiente;
Y así le dicen todos que se vaya
Y salga de una tierra tan doliente,
Pues que tiene navios en la playa,
Sin faltalle recado conveniente,
Y un Alonso Miguel, diestro piloto,
El cual con todos era deste voto.

Al fin en general todo su bando
En este parecer malo consiente,
Y Palomino, mas duro que blando,
También le persuade grandemente,
A trueco de quedarse con el mando
Por estar ya nombrado por teniente:
Que el ambicion convierte muchas veces
Las loables costumbres en soeces.

Y así quieren decir que Palomino
Al Alonso Miguel le dió cohecho,
A fin de que torciese su camino
Y á la Española no fuese derecho;
Y no fué la sospecha desatino,
Segun se vido claro por lo hecho,
Pues para ser patente su concierto,
En la isla de Cuba tomó puerto.

Donde Gonzalo de Guzmán tenia
Gobierno por Colon, el almirante,
Y entrel Bastidas y el Guzmán habia
Enojos y rancor no bien sonante,
Por ocasion de cierta niñeria
Usada por Bastidas poco ante;
Y para que se sepa la querrela,
Quiero decir aqui la causa della.

En aquella sazón y tiempo, cuando
El Bastidas tomó las posesiones
De su gobernación y de su mando,
Parece ser que fué por los aneones
Un Gonzalo de Vides rescatando
Esclavos, oro, mantas y otros dones
Por parte del Guzmán, que dió navio,
Rescates, armas, tiros y atavío.

Bastidas, sin mirar por quién venia,
Quebró del amistad el noble gonce,
Tomando los rescates que traia,
Armas y dos ó tres versos de bronce:
Demás desto prendió la compañía
Y al dicho Vides y un Antonio Ponce,
De que Guzmán estaba muy corrido,
Y mas por ser amigo conocido.

Pero como lo vió de tal manera,
Condoliéndose del suceso malo,
Lo recibió con voluntad sincera
Y en su casa le hizo gran regalo:
El Bastidas buscó posada fuera,
Rindiéndole las gracias al Gonzalo
De Guzmán, por la gran magnificencia,
Y él se curó con suma diligencia.

Mas como por malicia de los guias
Aquel viaje fué de mucha dura,
Las medicinas fueron tan baldias,
Que por ninguna via tuvo cura;
Y así, después de diez ó doce dias
Le dieron honorosa sepultura:
En la Española tuvo mucha mano
Con obras de católico cristiano.

Segun los que mas saben deste cuento,
Fué principio y origen de sus males
No consentir hacer mal tractamiento
Ni robos en aquellos naturales:
Honró Guzmán aquel enterramiento
Con otros muchos hombres principales;
Y encima de la losa por él puesta
Dejaron una letra, que fue esta:

Hic tumulus condit Bastida: saucia membra
Quae fuit gladio nuper acerba manus.
Ipse quia dives virtute et robore prestans,
Dux Sanctae Martae primus in orbe fuit.

Aquí hace su manida Tuvo pujanza y valor,
Don Rodrigo de Bastidas, De riquezas copia haria,
Que con críeles heridas Y así fué gobernador
Acabó la dulce vida. Primero de Santa Marta.

Pues dió Bastidas fin á su camino
Por poca lealtad de su compañía,
Bueno será volver á Palomino,
El cual con su valor y buena maña
Hizo de paz á Gaira y al Dorsino,
Y el confin de la costa que el mar baña,
A Concha y á Nenguanje, Chengue, Cinto,
Y á Gairaca con otros que no pinto.

El bárbaro su gente le sustenta
Bastantisimamente de comida;
A todos los anima y los alienta,
Y á su provecho y honra los convita:
Toda la gente tiene tan contenta
Que cada cual porná por él la vida,
Y para mas aumento de su fama
Con los indios de paz los otros llama.

A los que vienen érales guardada
La paz y el amistad no sin recatos;
A los rebeldes daba trasnochada
Aunque se padeciesen malos ratos,
Tomando la mas gente descuidada
De tales sobresaltos y rebatos:
Tuvo para sus guerras y sus lides
Dos grandes y admirables adalides.

Un Fernán Vaez y un Fernán Bermejo,
Soldados que hicieron grandes hechos,
Muy diestros en sacar un rastro viejo
Por las selvas ocultas y desechos,
Sagaces en astucias y en consejo,
Por extremo sutiles en asechos,
Puestos con arcos, flechas y plumajes,
Posturas y meneos de salvajes.

Llegaban con obscuro desta suerte
Al pueblo que tomar se pretendia,
Tácticamente porque no dispierte
El morador incauto si dormia:
Acechaban del pueblo lo mas fuerte,
Cuántas casas, y cómo las tenia,
Volvían por su gente hecho esto,
Y á cada capitán daban su puesto.

La gente dividida y ordenada,
Cuando la dama de Titon venia
Hacen señal, y dan el alborada
Sobre la descuidada compañía:
Ensangrientan la lanza y el espada
Si la contraria parte resístia;
Mas siempre por allí menester era,
Por ser gente de suyo muy guerrera.

Encima de un caballo Palomino,
El cual tenia tal conocimiento
Que ya no parecia de rocino
Sino de racional entendimiento,
Corria por el áspero camino,
Como si fuera hijo de algun viento,
De noche tacitísimo su buello,
Sin ruido, relincho ni resuello.

El rocín Matamoros se decia,
Del Palomino mas que rica prenda,
Pues por instinto natural hacia
Lo que pide razon en la contienda,
Y á las necesidades acudia
Sin meneo de espuela ni de rienda:
Tordillo fué, no grande, mas bien hecho
Desde la baja cola hasta el pecho.

Puso los indios en tan gran cuidado
Con las insignes suertes que hacia,
Que muchos lo tenían retratado
De bulto de la suerte que venia
Encima del caballo, bien armado,
Con el adarga y lanza que blandia,
Y cantidad de indios á los lados
Del riguroso yerro traspasados.

Hizo venir al yugo los de Zaca,
Abatió la soberbia Cháirama,
Quebró las fuerzas de Mamalazaca
Y las inmitas gentes de Irotama:
Por las riberas verdes de Guachaca
Tiemblan grandes caciques de su fama;
Temen los moradores en Origua,
Y no faltan temores en Bondigua.

Subyectó muchos otros deste modo
Soberbios, ferocisimos y bravos;
Temblaba del aquel terreno todo,
Que en guerra no supieron ser ignavos:
Todos el oro ya traen á rodo
Y muy crecido número de esclavos,
Que llevan á las islas los navios
Para traer comidas y atavíos.

Y como ya bullia la moneda,
Veriades mil damas y galanes
Con ropas costosísimas de seda,
Granas, veinte y cuatrenes, perpiñanes:
No se halla soldado que no pueda
Comprar ricas holandas y rianes,
Pues antes la coleta y el anejo
Solia ser el principal arreo.

Aunque venian ya de á la redonda
Indios de paz con joyas y presentes,
La gran ferocidad de los de Bonda
Huye del amistad de nuestras gentes,
Donde todas las noches hacen ronda,
Asegurando los inconvenientes
Que habian padecido sus vecinos
Por no velar entradas y caminos.

Diciendo, que las tales amistades
Traian mayor daño que provecho;
Y así hablaban mil bravosidades
Vaciano por la boca lo del pecho:
Mas no fueron tan faltas de verdades
Que no las confirmasen con el hecho,
Como podrian ser testigos ciertos
Gran muchedumbre de españoles muertos.

Pensando pues tomallos de improviso,
Quebrantar su furor y castigallos,
El valeroso Palomino quiso
Con el nocturno velo salteallos:
Mandó con gran secreto dar aviso
A los peones y á los de caballos;
Fernán Bermejo fué como solia
Adelante de todos por espia.

Tiene Bonda zavanas ampliadas
Que cercan el compás de su frontera,
Pero para llegar á sus moradas
Habian de subir por escalera
De lasas bien compuestas y fijadas,
Segun que muestra la presente era:
Subir no puede quien caballo trajo,
Y así siempre se quedan en lo bajo.

Subió Bermejo con el apariencia
De indio por lugares encubiertos:
El sitio mira con el advertencia
Que suelen adalides muy espertos;
Mas aunque tuvo suma diligencia,
No pudo ver las velas de los puertos,
Bajó donde quedaban de presente,
Y llevó los peones desta gente.

Acaso vieron encendida mecha
Indios que velan en un altozano,
Y teniendo por cierta la sospecha
En que debia ser algun cristiano,
Apuntan á la lumbre con la flecha,
Clavándole la mecha con la mano;
Y como se quejó, sienten ruido,
Y así dieron gran grita y alarido.

Sale luego la gente que dormia,
No sin algun temor de tal asalto;
Por una y otra parte se tendia
Ocupando de pasos lo mas alto:
Vuela la venenosa flecheria,
De que ninguno dellos iba falto;
Tantas descenden y con tanta priesa
Como gotas de lluvia muy espesa.

El español al fin se desatenta
Viendo la muchedumbre que acomete,
Y nadie dellos tiene por afrenta
Revolver en demanda del jinete:
Hirieron del primer encuentro treinta,
De los cuales murieron veinte y siete:
Suenan escudos y armas de peones,
Que van rodando por los escalones.

Bien como las ovejas caminando
Por alta y asperisima ladera,
Que del mejor camino resbalando
Aquella que llevó la delantera,
Todas ellas se van precipitando
Por do se precipita la primera,
Sin advertir ninguna del rebaño
Ser su camino para mayor daño:

Así los españoles, revolviendo
Tras las pisadas del que fué primero,
Unos sobre los otros van cayendo
Rodando por aquel despeñadero.
Sonaba de bocinas gran estruendo
Por todas partes del compás frontero;
Ansimismo se hundien los altores
Con el ruido de sus atambores.

Huyen pues los heridos, y los sanos
Por escaparse de que no los hieran,
Persiguiéndolos bárbaros villanos
Con intenciones de que todos mueran;
Hasta que ya bajaron á los llanos
Donde los de caballo los esperan,
Los cuales les salieron al camino
Y el águila con voz de Palomino.

Ya planetas y signos celestiales
Perdian resplandores de sus lumbres,
Por se manifestar rayos febles
Dorando las alturas de las cumbres,
Y la solicitud de los mortales
Repetia sus usos y costumbres
En tal manera, que cualquiera via
El bien ó el mal de dónde le venia.

Y á este tiempo bárbaros lozanos
Seguian con grandisima pujanza
El escudron por lo tomar á manos,
Con sed insaciable de venganza;
Pero como bajaron á los llanos,
El Palomino meneó la lanza
Vertiendo por aquellos escuadrones
Sangre de los humanos corazones.

Y como nunca vieron otro tanto,
Sino tan solamente por la fama,
Cayó sobre los indios tal espanto
Que el fuego de los mas perdió la llama,
Y de la mayor fuerza por un canto
Gran parte con temores se derrama,
Causándoles confuso desatino
La priesa y el valor de Palomino.

Bien como plumas en lugar exento
Por ocasion alguna recogidas,
Que las saltea repentino viento
Con furias en sus soplos estendidas,
Derramándose todas al momento
Por diferentes partes estendidas;
O ya como monton de seca hoja
Que vuela sin haber quien la recoja:

De todos los que tienen llana tierra
Se hizo division desta manera,
Huyendo las borrascas de la guerra
Y aquel atropellar de bestia liera,
Unos por los peñoles de la sierra,
Otros por el andén del escalera,
Quedando sin espíritu de vida
No poca gente por allí tendida.

Recogió Palomino sus soldados,
Ansi los sanos como los heridos,
Los cuales segun lances atrasados
Deste quedaron todos muy corridos:
A Santa Marta van encaminados,
Donde con lloro fueron recibidos,
Porque de conocidos por ser buenos
Quedaron luego veinte y siete menos.

Dejemos estas cosas desta suerte,
Y demos fin á los del mal intento,
Porque Porras con Joan de Villa-Fuerte
Tuvo palabras de desabrimiento,
Y por faltar allí quien los concierte,
Hicieron division y apartamiento:
La demás gente cada cual seguía
La parte que mejor le parecía.

El Porras se fué acia la Ramada,
Al otro pareció que le convino
Hacer á Santa Marta su jornada
Por ver en qué paró su desatino:
Entró siendo la noche ya cerrada,
Pero tuvo noticia Palomino,
Y dióse tan buen cobro con su gente
Que prendieron al dicho delincuente.

Y á causa de poder hacer ausencia,
Por no tener en tierra buen avío,
Luego con la posible diligencia
Le dió segura cárcel un navío,
Que para ir á la real audiencia
De Santa Marta hizo su desvío;
Y después hecho cuartos tuvo muerte
El miserable Juan de Villa-Fuerte.

Paga de su maldad y su locura,
Que de tal romería tal venera;
Y en aquella sazón y coyuntura,
Que fué del español dichosa era,
Un caso sucedió de gran ventura
Si para su remedio le valiera,
Pero no mereció su maleficio
Gozar de tan insigne beneficio.

Entonces pues nació rey soberano
De las generosísimas entrañas
De la hija del gran rey lusitano,
Mujer del que fué suma de hazañas,
Y el heredero fué Filipo Magno,
Hoy rey universal de las Españas,
Por cuyo nacimiento malhechores
Alcanzaron perdon de sus errores.

Vistas las alegrías y perdones,
Procuró luego Juan de Villa-Fuerte
Aprovecharse destas ocasiones
Para poder librarse de la muerte;
Mas importunidad y exclamaciones
De los Bastidas fueron de tal suerte,
Que los doctos señores del audiencia
Mandan llevar al cabo su sentencia.

Pedro de Porras y Martin de Roa
Con otra gente desta camarada,
De ceiba hacen una gran canoa
En la costa que dicen la Ramada:
Entran los navegantes, y la proa
Para Santo Domingo fué guiada;
Van, por huir de muerte merecida,
En grandísimo riesgo de la vida.

El mar en gran aprieto los ponía,
Combátelos el inconstante viento;
Mas con fuerza de brazos y porfía
Pudieron todos ir en salvamento:
Quizá nuestro Señor lo permitía
Para morir con mas conocimiento.
Libres pues de las aguas de Neptuno
Procuró su remedio cada uno.

Por ingenios y hatos de ganado
Cada cual de por sí va divertido,
Y el Porras por ser hombre señalado
Fué de cierto vaquero conocido:
Sábenlo los señores del senado,
Y fué por los Bastidas perseguido:
En efecto, segun el justo fuero,
Pasó por do pasó su compañero.

Otras cosas que sean sustanciales
Memoria cierta no me representa,
Porque muertos aquestos principales
De los demás hicieron poca cuenta;
Y así quiero volver á los anales
De Palomino, que valor aumenta,
Pues para sus designos tuvo ronda
Y se vengó muy bien de los de Bonda.

Doméno la cerviz y duro cuerno
Dé la mayor pujanza de la sierra,
Ningun rigor jamás lo halló tierno
De cuantos ofreció la dura guerra:
Un año duraria su gobierno;
Y para lo tener en esta tierra
Envío con probanza copiosa
Al tesorero Pedro de Espinosa.

Llegó con sus poderes en España,
Pidió lo que su parte pretendía,
Gastó dineros, dióse buena maña,
Pero su diligencia fué baldía;
Pues al mayor pastor desta cabaña
Este dicho gobierno se pedía
Para Garcia de Lerma, varon lleno
De lo que puede merecer un bueno.

Mas cierta nao para tomar puerto
A Santa Marta fué via derecha,
Y al Palomino dijo por muy cierto
Habelle sido ya la merced hecha:
No recibió las nuevas hombre muerto,
Sino quien ocasiones aprovecha
Creyendo las novelas del navio,
Y así mostró mayor valor y brio.

Entonces ansimismo por ausencia
Del muerto, procurando de suplito,
Los señores de la real audiencia
Determinaron de nombrar caudillo,
Y por tener en cargos experiencia
Enviaron á Pedro de Vadillo,
Primo del oidor que residía
En aquella real chancillería.

A Santa Marta fué con tres navios,
Ciento y ochenta buenos compañeros,
Adonde si llevaba buenos brios
No creo que halló menos aceros;
Pues hubo repiquetes y desvios;
Y cierto, si no fuera por terceros
Tales que perturbaron el intento,
Vinieran en muy grande rompimiento.

Porque con tanta furia se destierra
Rodrigo Palomino de razones,
Que nadie consintió saltar en tierra,
Menos quiso cumplir las provisiones,
Y en la playa se puso para guerra
Cargando tiros y otras munieiones,
Con gran solicitud y vigilancia,
Sin desarmarse minima distancia.

Algunos de los de su compañía
Usaban en el caso tracto doble,
Y al Fernan Vaez, con quien él había
Tenido siempre término muy noble,
Porque supo que todo lo movía,
Lo hizo suspender en verde roble,
Luego con hierro liquido, redondo
Tentó meter las naos en el fondo.

Pero Vadillo viendo tal embargo
Y aquellas muestras de varon insano,
Hacerse con sus naos á lo largo
Le parecía ser consejo sano;
Y así con los que vienen á su cargo
A Concha se pasó, puerto cercano,
Adonde para buena ó mala suerte
En tierra y en la mar se hizo fuerte.

Sabido dónde estaban rancheados,
El Palomino fué para buscallos,
Con doscientos destrisimos soldados,
Los treinta y cinco dellos en caballos,
Con armas de algodón encubiertos,
Personas que sabian meneallos;
Y los demás que no calzan espuelas
Llevaban sus espadas y rodelas.

La voluntad de todos era harta
De se probar en este rompimiento;
Pero cuando salió de Santa Marta,
Deseando ponelles mas aliento,
El dicho Palomino los aparta
Para hacelles un razonamiento,
Fuera del pueblo ya la gente presta,
Y la substancia del dicen ser esta:

«Señores, nunca hizo mano blanda
Buenos lances en bética porfía,
Y aquesta pretension y esta demanda,
Que quiero llamar vuestra mas que mia,
Es porque sepa la contraria banda
Que no tenemos menos osadía:
Y pues que por vos va, correa y cueros
Convieni que pongais por defensores.

» Porque si los que veis son poseores
De provincias y pueblos conquistados,
Siervos seréis adonde sois señores,
Y do podeis mandar seréis mandados:
Los que vienen serán antecesores,
Y vosotros seréis posterados,
Porque con tal promesa hacen cebo
Los que traen algun gobierno nuevo.

» Y si querme bien también os mueve
Por respetos que buenos engrandecen,
A mi gran voluntad mucho se debe
Y mis obras que todo lo merecen;
Pues que no faltará con quien compruebe
Ser mas que las palabras os ofrecen,
Do hallareis pospuesto mi contento
A vuestro gozo y aprovechamiento.

» Nunca me vistes triste ni severo,
Nunca supe tener mala crianza;
En los trabajos fui buen compañero,
En riesgos la primera fué mi lanza:
Si os quisistes valer de mi dinero,
Ninguno tuvo vana confianza;
Pues segun mis deseos y mis mañas
Quisiera daros hasta mis entrañas.

» Quien estos beneficios considera
Con la sinceridad que se requiere,
Debe, si su amistad es verdadera,
No rehusar morir do yo muriere:
Cuanto mas que no tiene mi bandera
Hombre que de victoria desespere,
Pues con dificultad son rebatidos
Los que nunca supieron ser vencidos.

» Huya temor de los ocultos senos,
Pues vais contra cuadrilla mal compuesta:
Nosotros somos mas, ellos son menos
Y fatigados de la mar molesta;
Ellos enfermos, y nosotros buenos,
Y tenemos las piedras y la cuesta;
Ellos un escuadron flojo, confuso,
Nosotros en la guerra mayor uso.

» Y pues en los recuentos que he tenido
Todos en general fuestes, cabales,
En el presente solamente pido
Que me seais fieles y leales:
El gobierno me está ya proveído,
Segun dicen personas principales,
Si viniere, tendreis ilustre pago,
Y cada cual verá lo que yo hago.»

Como por estos españoles fuesen
Palabras semejantes entendidas,
Respondente que no se detuviesen,
Porque todos porán por él las vidas,
Y setecientas vidas que tuviesen,
Pues serian por él muy bien perdidas;
Y así luego se fueron acercando
Do los otros estaban esperando.

Puestos en el lugar que se refiere,
Por una parte mar, por otra sierra,
Al Pedro de Vadillo se requiere
Procure de dejar luego la tierra,
Y que si pone dientes y no quiere,
Apareje las manos á la guerra;
Pues en el día que presente era
Había de quedar ó dentro ó fuera.

Diciendo Palomino ser teniente
Nombrado por Rodrigo de Bastidas;
Vadillo les responde claramente
Ser tales tiranías conocidas,
Y que no piensa de volver la frente
A fanfarronías ni heridas:
Antes dice que rijan el alarde,
Pues para comenzar era ya tarde.

Viendo tan sin razon y tan contrario
Al dicho Palomino con Vadillo,
Y ser aquel un caso temerario,
Procuran por mil vias impedirlo
Un fray Joan Perez, fraile mercenario,
Y un muy honrado clérigo Castillo:
Corren entrambas partes por los puertos
Tractándolos de medios y conciertos.

Hubo tan eficaces persuasiones
Y tan sagaces importunidades,
Que compelieron á los dos varones
A los efectos destas amistades
Debajo de honorosas condiciones,
Y fueron estas las conformidades:
Que mandasen entrambos juntamente
Hasta venir recado mas patente.

Los dos gobernadores se abrazaron,
Hecha solemnidad de juramento;
Oyeron misa, y ambos comulgaron,
Parten la hostia deste sacramento:
Unos y otros se regocijaron
Al parecer, sin otro mal intento,
Mas ninguno vivia descuidado
Y uno de otro siempre recatado.

Y el vulgo muchas cosas sospechaba
Que por ventura fueron vanidades,
Viendo que cada uno procuraba
Ganar las principales voluntades;
Y atrás en este caso se quedaba
Vadillo, por faltar las cualidades
De liberalidad, que es alcahueta
Con que la gente mucho se subjeta.

El Palomino muy mas compañero,
Mas liberal, mas mozo, mas afable,
En todos los peligros el primero,
Sin se le conocer vicio notable:
Vadillo ya mayor y mas artero,
Y en su conversacion menos tractable,
Para hacer mercedes duro seno,
Antes lo proveia de lo ajeno.

Vadillo por tener mayor pericia
En aquello que ley civil encierra,
Guiaba los negocios de justicia;
Y porque de los negocios de la tierra
Palomino tenía mas noticia,
Tractaba los negocios de la guerra:
Trajo también Vadillo por teniente
Hombre no menos sabio que valiente.

Que mucho con su buen seso remedia
En lo que ve confuso y alterado:
Aqueste se llamó Pedro de Heredia,
Siempre valerosísimo soldado:
Adelante diré de su tragedia,
Y cómo fué después adelantado
De Cartagena, do si tengo vida
Le daremos historia mas cumplida.

Siendo los dos que digo pretendientes
De salir cada cual con sus intentos,
Tenian ya buen número de gentes,
Que con deseo de descubrimientos
De partes y lugares diferentes
Se recogieron mas de setecientos;
Y así con muchos dellos Palomino
Hizo para la ciénaga camino.

Cuyos términos son al mediodía
La costa abajo acia Cartagena,
Recodo de crecida pesquería
Cerca del río de la Magdalena,
Y de tan gran valor la granjería
Que al morador le da la bolsa llena;
Y el compás que la ciénaga rodea
Contiene mucha gente de pelea.

Pocigüeyca la cerca por un canto,
Provincia que contiene gran altura,
De nuestros españoles tal espanto,
Que nunca se vengó la sepultura
De los que solemuiza tierno llanto,
Muertos á manos desta gente dura;
Y es hasta hoy allí cosa notoria
Que ningún español cantó victoria.

Llegada pues la gente y estandarte
De los cristianos al ancon que digo,
Tomaron indios la contraria parte
Do no pudo pasar el enemigo:
Los nuestros los llamaron de buen arte,
Mas ellos amenazan con castigo,
Tirando flechas y haciendo fieros
Y aun hirieron algunos compañeros.

Por pelear los indios con desvío,
Vióse desesperado Palomino,
Y porque carecia de navio
Para hacer por agua su camino:
Con el orgullo grande de su hrio
A tal furor y á tal demencia vino,
Que encima del caballo bien armado
Intentó solo de pasar á nado.

Y así por lo fondable fué nadando
En Matamoros su caballo bueno,
Que va saladas ondas apartando
Como veloz delfín en ancho seno:
Mas como lo mas fondo fué faltando,
Detienele los pies limoso cieno,
Sin que su gran vigor fuese bastante
Para poder pasar mas adelante.

Como los indios vieren deste modo
Al valido rocin y á quien lo guía,
Y que de las prisiones deste lodo
Ir atrás ni adelante no podía,
Con grita que se hunde el valle todo
Descargan increíble flechería
En el caballo y en el caballero,
Bien así como suelen en terrero.

Nunca para matar á bestia fiera
Con armas se juntaron tantas manos;
No tantas puyas echa talanquera
A toro rodeado de villanos;
No viento levantó de la ribera
Del arena menuda tantos granos:
Cuantas flechas venian con veneno
Contra los detenidos en el cieno.

Aunque ya traspasados los ijares,
El buen caballo sin perder aliento
Forcejo por salir de los lugares
Que causaron tan grave detrimento,
Y vuelve por lo fondo destes mares
A poner su señor en salvamiento;
E ya llegados á seguro puerto,
El ilustre caballo cayó muerto.

Fué muy grande la lástima que hizo
En ser tan sin remedio la fortuna,
Aunque primeramente satisfizo
Al amo que sacó del alaguna;
Cuyo cuerpo de flechas un herizo
Salió también, sin lo herir alguna,
Ni jamás á su cuerpo dió herida
Recuento ni batalla muy rompida,

Con ser en los peligros el primero
Y en osadía mas aventajado,
Y herir uno y otro compañero
Conjuntos y pegados á su lado,
Aunque los otros fuesen con acero
Cubiertos y él el cuerpo desarmado:
Lo cual á gente sabia y á sencilla
No causaba pequeña maravilla.

En no le penetrar flechas sutiles
Había sido su ventura tanta,
Que si confabularan hoy gentiles
Como los que la musa vieja canta,
También dijieran ser según Aquiles,
Que no podía sino por la planta
Recebir detrimento ni herida
Que pudiese privarlo de la vida.

Viendo pues la malicia destes senos,
Y cómo de los indios los aparta
Agua de rios, mar y muchos cienos,
El Palomino con congoja harta,
Con seis heridos y el caballo menos,
Determinó volver á Santa Marta,
Donde le dió Vadillo ya venido
El pésame del daño recibido.

Quisiera revolver incontinente
Con gente de petrechos reformada:
Dió parecer Vadillo diferente
Diciendo ser mejor hacer jornada
Donde fuesen entrambos juntamente,
La costa arriba acia la Ramada;
Pues antigua noticia les publica
Ser grande poblacion y gente rica.

Aquel es un compás de tierras llanas,
De largo veinte leguas, y de anchura
No menos, á las sierras comarcanas,
Aunque por partes hay mas angostura:
Contiene grandes montes y zavañas,
Y es tierra de grandísima cultura,
Entre la mar y sierras de Herrera
Y el río de la Hacha por frontera.

De pueblos de la mar está cercana,
Algunos será justo que declare:
Dos Guaymaros, Debuya, Coriana,
Tapi, Paraguani, Biriburare,
Caborder, Macoir, Proceliana,
Maracarote, Ormío, Caraubare,
Con otros infinitos separados,
Que callo por no ser tan señalados:

Poblaciones cercanas á los rios,
Con sus calles bien puestas y ordenadas,
Fuertes y potentísimos buhios,
Y á las puertas grandísimas ramadas
Para gozar del fresco de los frios
Vientos, en las calores destempladas;
Y por ser general aqueste uso
El nombre de Ramada se le puso.

Y á causa de cortar con gran trabajo
Con hachuelas de piedra la madera,
El árbol escavaban á buen tajo,
E ya teniendo las raíces fuera,
Tiraban y arrancábanlo de cuajo,
Antes de tener hacha forastera;
Y el tronco limpio ya de sus cervices,
Lo hincaban, arriba las raíces.

Puestos así por orden admirable,
Para siempre, según que se presume,
Por ser esta madera tan durable
Que solo vivo fuego la consume,
En dulces rios y en la mar fondable
Tan grave peso tiene que se sume,
Y los que cortan hoy viejo madero
Trescientas veces mellan el acero.

Es esto que decimos hoy visible
A quien asientos viejos ver procura;
Cuya madera es incorruptible,
Pues mucha hasta nuestro tiempo dura.
Y no ternia yo por imposible
Ser antiquísima su compostura;
Y en lo futuro puede ser testigo
Si no le toca fuego como digo.

Si la madera vieja ves cortando
Con seguridad ó hacha castellana,
Un sutil polvo verde va volando
Que toca la persona mas cercana,
Y la camisa del que está sudando
La pone de color de fina grana;
Y es este colorado tan perfecto
Que no hará Brasil tan buen efecto.

Antes de sus desdichas y desmanes,
Solian poseer aqueste suelo
Los indios tairos y guanebucanes,
Por otro nombre del Calabazuelo:
Los tairos son vestidos y galanes;
Los otros han por bien andar en pelo,
Solamente la parte vergonzosa
Con oro cubren ó con otra cosa,

En un calabazuelo comunmente;
Y estos señoreaban mas la tierra,
Y los vestidos tairos era gente
Que procedía de los de la sierra;
Mas puesto que de casta diferente
Nunca jamas entrellos hubo guerra.
Llamamos tairos á los de Tairona
Y tierras que confinan con Marona.

Son los guanebucanes bien dispuestos,
Y ansimismo las hembras bien dispuestas;
Y si los hombres andan deshonestos,
No menos las mujeres deshonestas:
Los tairos con sus mantas van compuestos,
Las tairas bien cubiertas y compuestas;
Mas la gente desnuda poseía
Mejor dispusición y gallardía:

Gente de gran valor y valentía,
Graciosa, de sinceras voluntades,
Liberal en partir lo que tenía,
Debajo de ser buenas amistades.
Cada cual parte destas poseía
De oro no pequeñas cantidades,
Innumerables joyas y chagalas
Para sus ornamentos y sus galas.

No parecían mal los blancos dientes
Y el torcido mirar con ojos bellos
De las desnudas niñas destas gentes,
Y las peinadas crenches de cabellos,
Con las preseas ricas que pendientes
Van de nariz, orejas y de cuellos,
Muñecas y molledos rodeados
De brazaletes de oro mal labrados.

A fama de nacion tan opulenta,
El Pedro de Vadillo y Palomino
Recogieron trescientos y cincuenta
Soldados, y el petrecho que convino:
Serían de caballo los setenta;
Con los cuales se ponen en camino.
El Vadillo salió primeramente,
Y con él cuasi que toda la gente.

El otro con algunos del armada
Quedóse ciertas cosas ordenando;
El Vadillo prosigue la jornada
Con paz y con amor acaudillando:
Asentó su real en la Ramada
Por puntos y momentos esperando;
El Palomino fué por alcanzallo
Con solos diez ó doce de caballo,

A los cuales él dió muy buen avío;
Y sin que cosa turbe su persona
A Guachaca pasaron y al gran río
Que sale de los valles de Tairona.
El paso suben áspero, sombrío,
Que hacen las montañas de Marona;
Ven, al bajar, un río de quien sienten
Ser menester pasallo con gran tiento.

Mis ojos pueden ser buenos jueces,
Pues lo pasaron sin ninguna guía,
No una sola, pero muchas veces,
Y aun solo sin ninguna compañía,
E ya me vi revuelto con las heces
Y lama que la mala playa cria;
Escapéme también de tigre fiera
Por llevar buen caballo de carrera.

Perplejo pues cualquiera caballero
De los que van con él en seguimiento,
El Palomino quiso ser primero
Y entró, no sin algún detenimiento
De su caballo de color overo,
Que visto no pasar con buen aliento
Volvió, no viendo cosa que le cuadre,
Diciendo: « Ya no pare mas mi madre ».

Pero vista la poca diligencia
Que para lo tentar muestra su gente,
Faltó con el orgullo la paciencia,
Y entró segunda vez en la corriente.
No sé con qué rigor ó violencia
El buen overo trastornó la frente:
Caballo solo ven volver al puerto,
Y el amo nunca mas vivo ni muerto.

Van todos en aquel mismo momento
A lo favorecer si parecía,
A todas partes cada cual atento,
Mas por ninguna dellas respondía;
Conocieron su mal acabamiento
Y ser aquel su postrimero día:
Revientan corazones de tristura
Llorando tan acerba desventura.

No voz hercúlea por el alto cielo,
Ni grito por los aires esparcido,
Sonó tanto, llamando su mozo
Hylas, en fondas aguas sumergido,
Cuanto sonó la voz y desconsuelo
De los que lo llamaban sin sentido,
Pues con ser una cosa tan creible
No podían creer fuese posible.

De Hylas cuentan las antigüedades,
Segun tienen poetas por estilo,
Que dél enamoradas las Nayades
Lo recogieron en profundo silo:
De Palomino son ciertas verdades
Sumergillo caimán ó cocodrilo,
Pues por los rios desta circunstancia
Hay destas bestias fieras abundancia.

Y todos los que corren allí juntos,
Al caminante hacen ir confuso
Con tantos; mas volviéndonos al punto
Del íntimo dolor dicho de suso,
Desde entonces el nombre del difunto
Al sobre dicho río se le puso,
Y con aqueste son y nombrada
Vemos que permanece todavía.

No viendo pues remedio de la falta
Que hizo capitán tan señalado,
Tomó la mano Sancho de Peralta
Para buscar el paso comenzado:
Y mas arriba por la parte alta
Hallaron todos ellos muy buen vado,
Y así llegó la gente sin caudillo
Adonde estaba Pedro de Vadillo.

El cual supo la nueva desta gente,
Cuyos ojos venian no sin jugo;
Mostró pesalle della grandemente,
Y maliciosos dicen que le plugo;
Luego miró con mas rugosa frente
Y procuró poner mas grave yugo:
Dicen llevar en estas ocasiones
El Palomino malas intenciones.

Y aun yo creo correr á las iguales
En intenciones de la paz ajenas,
Porque si el uno las llevaba malas,
El otro las tenía no muy buenas;
Pero favoreció la diosa Palas
A aquel que merecía menos penas,
Pues en los medios y concierto hecho
El Vadillo perdió de su derecho.

Por todos los soldados se comprueba
Su cargo, sin poner escusaciones,
Porque Vadillo del poder que lleva
Notificó de nuevo provisiones;
Y á Santa Marta se llevó la nueva,
Que fué causa de grandes turbaciones,
Mayormente sabiendo su vecino
La muerte de Rodrigo Palomino.